

na operatoria hizo época, una picante anécdota, que Malgaigne ha finamente contado.

Sabatier, en sus horas libres, recorría las plazas públicas y se detenía con gusto ante esos curanderos al descubierto, que, no teniendo a su disposición periódicos, reunían a sus parroquianos a son de trompetas y tambores. Un día, estaba observando a uno que, de pie en espléndido carro forrado de rojo, maravillaba al pueblo con su elocuencia... Cuando el orador notó al grave personaje que le escuchaba a distancia con las manos cruzadas sobre el bastón, hizo una pausa en su discurso. Lanzada la frase trivial de que «él no se parecía en nada a sus colegas, gentes de poco talento; que él era conocido por todos los sabios, cuya aprobación no le había faltado nunca.» —“Ved, dijo de repente, a aquel anciano que me escucha, bien se ve que es un hombre de estudio y de saber: voy a conversar con él en la lengua de los sabios, que es el latín, y en dos minutos le habré puesto de mi lado.” —“Vamos, señor, exclamó: esta es la tesis que le someto: *Vulgus decipi vult.*” (1) — Es cierto, responde Sabatier, sonriendo y bajando la cabeza; siempre ha sido así. —“Y bien, replica el otro, saquen Uds. la conclusión: *ergo decipiatur!*” (2)

*
*
*

Señores Estudiantes: Me ha parecido que estos

(1) — Al vulgo le gusta ser engañado.

(2) — Por consiguiente, sea engañado!